**Tratado octavo:**

***Cómo Lázaro se asentó con un bufón, y de las cosas que con él pasó.***

 Ha sido vasto el camino que cual burro he recorrido en busca de una migaja miserable. Fueron amos y señores los que pasaron al igual que lo hacen las páginas de un libro. Ciudades de castillos ponderosos y pueblos de viviendas nulas han protagonizado una travesía torturadora. Y eso que todavía describir no he hecho al por entonces más macabro de todas las majestades crueles.

 En la calle era un perdido y sin curso vagaba bajo las rodillas de coloridos varones. Cada tanto, su vanidad cedía una blanca a mi estómago vacío, tan valiosa como cien caballos para un hombre de ese rango. Los días turnábanse para regalar algo de pan a mi ansiosa boca y bañarme con gotas diminutas de vino viejo. Tanto hambre e infortunio robóme el disfrute de un amanecer y la pintura que conlleva; corazón sin alma yo por dentro era.

 Sin embargo, nunca las oportunidades están tan lejos de la persona como el trono para un vagabundo, y sólo cada tanto llovía del cielo milagrosamente un nuevo amo. Hasta ahora alegrarse de este hecho fue imposible, pero la esperanza lo último en perderse es. Y en este caso, hablo de un extravagante bufón de telas rojinegras y pinturas sombríamente espeluznantes, cuya sonrisa amplia y tramposa no permitía deducir la suerte de mi destino. Tomóme y díjome al oído:

* Veo en tus ojos la necesidad del buen comer y en tus piernas arrodilladas la espera de un azar favorable. Darte lo que quieres prometo, a cambio de un actor para mi función en la corte.
* Ojalá sea Dios quien ponga esas palabras en tu lengua, pero otra opción no se me presentará. A ti, bufón bendito, he de acompañar.

En una casa repleta de máscaras tenebrosas y disfraces variados él hospedóme. El miedo movíase por mi pequeño cuerpo y presentimientos traicioneros surgían en el fondo de mi condicionada voluntad. Los temblores dominábanme cual moribundo y debilitábanme como al enfermo, pues vivir ante esas miradas no era del todo cómodo. El bufón no tardó en recoger sus utensilios y su poderoso *marotte* para partir hacia el trono del rey.

Él explicóme previo a la función mi papel, el cual no era de admirar. Una esbelta pollera ha de ponerme y una peluca de trenzas extensas y rizos rubios ha de colgarme; convertióme en su niña, y al parecer presa también. La obra de humillación rebalsaba, por no decir dolores y heridas punzantes, puesto que toda la actuación basábase de azotes a diestro y siniestro con dos gruesos látigos. ¡Cómo reían aquellos desgraciados: el uno con corona y educación, y el otro con una sonrisa ampliamente macabra y cruel! Y así cuanto el té tarda en enfriarse, duró esta tragedia horrorífica.

 El oro no faltaba en la bolsa de mi señor, y eso tradujóse en el banquete más gigante de mi vida, do predominaba un cordero de punta a punta de la mesa. Aquella cena fue tal vez el recuerdo más bello desde que del vientre de mi madre salí; pero nunca el cielo es tan claro como antes del atardecer. Luego de esta comida, el cansancio caminaba por mí, y en mi cabeza sólo rondaban los deseos de un sueño profundo. Estaba seguro que había valido la pena sufrir en pos de llenar mi apetito, pero todo apenas comenzaba. Al ver el colchón no lo dudé, y cual delfín abalanzóme sobre él, encontrando así, en lo más hondo del mar, el dolor agudo que transmitía mi quebrada espalda, puesto que no había sino piedras dentro de éste. Del rincón oscuro del cuarto se escapaban las risas del bufón tramposo, que lo había preparado todo para su goce esplendoroso. La ira consumíame y el rencor crecía sin límite: la primera daga de la traición había clavádose.

 Semanas después la hora era de una segunda función. Lo único que había cambiado de la calle a la casa era el tejado, ya que seguía mendigando las migajas que el vil muñeco tiraba de sus gigantes platos. Sin embargo, tal como la primera vez terminó siendo una bella cena, tenía muchas esperanzas para la nueva actuación. El papel sería ahora el de un perro: parecía ser solamente ladrar por horas. Pero al momento de la función, peor que la horca me significó el trato de la realeza. Su prestigioso apellido y hermosos modales eran gastados con soberbia en las carcajadas que producían las torturas del bufón. Nunca golpes tan certeros ni fuertes he recibido a lo largo de mi trayecto; hasta el hambre parecía una caricia al lado de este acto de ignominia.

 Tan herido terminé que quise encerrarme en mi cuarto a causa de la inimaginable humillación hasta entonces. Entré a la casa y corrí hacia él, pero al abrir la puerta rompióse una vasija de perfumes sutiles sobre mi cabeza. Un líquido amarillo y un maquillaje marrón impregnáronme un olor insoportable y asqueroso, similar al de los más urgentes menesteres de la mugrienta alma del diablo personificado como entretenedor. De fondo, sonaba como un piano tenso el disfrute del malévolo bufón, quién de haber sido un ángel convirtióse en una escoria.

 Como cereza del pastel, dióme de comer en la cena unas empanadas abundantes de un relleno desconocido. El hambre controló mi actuar y mordisqueóla sin culpa, habiendo terminado de tejer un arrepentimiento doloroso en confiar de su alimento, ya que parecían moverse las lombrices dentro de aquellas sardinas podridas. El vómito de la noche fue testimonio de la repugnancia de su bondad tramposa.

 Sólo quedaba una última función. Ni esperanzas ni alegrías traía consigo esta noticia, sino una penumbra tan oscura como la mirada macabra de este ser. El papel era el más humillante de cualquiera que el drama haya traído a la literatura: tocábame hacer de pasto. Me imaginaba yo las torturas y pisoteos que recibiría como agradecimiento de ofrecer mi dignidad ante los reyes cultos y sabios. Y así fue, desgraciadamente. Sin embargo, el golpe de gracia diólo el *marotte*, que con su robusta punta destrozóme la mandíbula. Fue la fortuna la que salvó mi honor y guióme a patear su débil huevera, dejándolo tendido sobre los mosaicos reales y desangrando su inconmensurada soberbia. Toda la vergüenza recolectada luego de este acto heróico fue apenas la base de su enojo.

Habíalo perdido todo, y ni sus máscaras sonrientes ni sus disfraces variados fueron capaces de aguantar el torbellino de su ira. En lo que a mí concernía, dilucidar pude difícilmente los azotes con los que castigábame. Sufrimiento fue el título de este drama romántico entre su soberbia derribada y el desencadenado orgullo que predominábalo. Todavía Dios y su santa Iglesia sigue preguntándose cómo había salvádome de aquel infortunio, y yo, el más ignorante de la plebe, tengo la respuesta apropiada. En un acto de picardía encontré en el suelo al *marotte* sangriento, y aferrándome a él como escudo logré enredar su látigo. Luego, tiré con la fuerza de cinco caballos y atraje al infame. Fue cuestión de segundos el derribarlo con su propia espada.

Las grietas coloradas pintaban artísticamente la cara del bufón. Hasta puede decirse que conformaban una bella decoración. Derrotar logré al más engañoso de mis enemigos y amos, y creo que al más macabro también. Diría que fue propio de un poema heróico. Sin embargo, quedaba desmontar el último truco y apreciar la última broma de su vida, puesto que junto a su cadáver yacía un libro suyo (en realidad, su bitácora). Hasta el día de hoy admito que sirvió como una lección inolvidable este dulce párrafo:

* “De estas funciones rescato el testimonio de la vanidad ilimitada de un rey y la sabiduría del más deplorable de sus vasallos. La educación prodigiosa de él esperada, vertida en actos infames lucía; y tanto la niña, el perro, y futuramente el pasto, eran simples ejemplos de mi vida día a día. El amanecer para el torturado es sólo el aviso de un nuevo sufrimiento, mientras que para el verdugo es el alimento a su rencor venenoso. Y como dueño del destino, se que tú, infortunado Lázaro, leerás esto como una verdad conocida, aunque también cual misterio extraño: solo puedo decirte que tanto el monarca más poderoso como el bufón miserable conllevan en su corazón la misma vanidad humana.”